

llaves falsas en Kirk of the Field y puso fuego á una mecha que conducia á una porcion de pólvora colocada debajo de la habitacion del Príncipe. Hecho esto, se salió afuera observando desde alguna distancia el progreso de la operacion, y aguardó á cada momento el resultado. Retardándose éste mas que su impaciencia permitia y temiendo que se hubiese apagado sin hacer efecto, envió á uno de sus confidentes para que de nuevo la encendiese; mas este volvió pronto diciendo que no se habia apagado y continuaba su camino hácia la pólvora. A las tres de la mañana una violenta detonacion anunció á Bothwell que su obra estaba consumada. El cadáver de Darnley apareció medio quemado á cincuenta pasos de Kirk of the Field, convertido en un monton de ruinas.

Hizo una profunda impresion este asesinato en los ánimos del público. No era popular Darnley; mas causó lastima y compasion su suerte desgraciada. Nadie dudaba de quién era el verdadero autor; muy pocos dejaban de tener por cómplice á la reina. La circunstancia de haber ido á verle á Glasgow, de haberle traído á Edimburgo, de haberle dado por habitacion una casa solitaria, la de haberle dejado solo tres horas antes de consumarse el acto, y sobre todo el favor siempre en aumento de que gozaba, eran todos cargos agravantes. A todos se presentaba con todos los colores de la falsedad una reconciliacion tan súbita despues de un desvío tan continuado y una ruptura casi pública.

La reina, acostumbrada en todas ocasiones á salir airosa, cuando se resistia abiertamente á su autoridad, no pudo resistir á este torrente de clamor que se alzaba en todas partes. En las calles, en las plazas se hablaba del asesinato; en todas las esquinas amanecian pasquines pidiendo venganza contra el asesino. El conde de Lenox padre del príncipe difunto, se presentó con toda solemnidad á la reina pidiendo justicia contra el conde de Bothwell, acusado públicamente de ser asesino de su hijo.

Mandó en efecto María que se hiciese causa á Bothwell y se instruyese su proceso. Mas con escándalo del público, se suprimieron formalidades necesarias á la averiguacion del crimen, ni se tuvieron en cuenta las reclamaciones del conde acusador, que pedia el tiempo necesario para presentar el lleno de sus pruebas. Cuando llegó el día de la vista de la causa se presentó el acusado en el tribunal, armado, rodeado de todos sus amigos en la misma forma, mas en la actitud de un hombre que va á inspirar temor, que á recibir una sentencia. Sucedió lo que todo el mundo preveia. El conde salió absuelto.

Lo que redobló el escándalo, fué el ver que la reina en nada disminuia sus muestras de favor hácia Bothwell, á pesar de la horrible acusacion de que era objeto. A los cargos que ya ejercia le añadió el de gobernador del mismo castillo de Edimburgo. A los dos dias de haberse terminado su proceso se le vió acompañar en público á la reina, que iba al parlamento llevando su cetro delante con toda ceremonia. En el seno del parlamento confirmó María los favores que le habia hecho, y cargos con que le habia revestido, lo mismo que los demas nobles amigos y valedores de su favorito.

Elevado Bothwell á la cumbre del favor, no le faltaba para coronar la obra mas que la mano de la reina. Los medios de que se valió para conseguirlo fueron tan extraordinarios y tan originales, que parecerian una ficcion, si no fuesen un hecho en que convienen todos los historiadores de la época, tanto de un partido, como de otro, tanto amigos como enemigos de María.

El primer paso de Bothwell fué convidar á sus principales amigos á un banquete, que fué celebrado en una fonda ó taberna, como en aquel tiempo se llamaba. Allí les manifestó sus intenciones de casarse con la reina, y les suplicó como mejor medio de llevarlo á efecto que firmasen un papel que sacó del bolsillo, ya extendido, en que le declaraban libre de toda culpabilidad en el asesinato de Darnley, y suplicaban á la reina que en caso

de que pensase pasar á segundas nupcias con un súbdito, era el conde de Bothwell el mejor partido deseable para ella. Los amigos de éste se comprometían además á servirle en este matrimonio con todos sus medios y posibles. Los que estaban ya hablados accedieron al instante sin poner obstáculos. Los demás, arrastrados por su ejemplo tampoco hicieron objecion alguna. Fué firmado el papel por ocho obispos, nueve condes y siete lores. Entre los nombres se contaba el conde de Morton, circunstancia muy notable por lo que pasó mas adelante.

Seguro Bothwell del apoyo de un partido fuerte, se puso á la cabeza de mil hombres de á caballo que reunió con pretexto de hacer una visita á las fronteras, y con esta fuerza se apoderó de la persona de la reina, á la sazón que esta se movía de Stirling tomando la vuelta de Edimburgo. Los que seguían á Bothwell dieron á entender á los de la reina que se hacía esta violencia con su consentimiento; los otros, que adoptaron esta suposicion, no hicieron ninguna resistencia. La reina misma aparentando ceder á la ley de la necesidad, permaneció pasiva, y se dejó conducir prisionera sin oposicion de nadie, atravesando lo mas floreciente y poblado de sus dominios hasta el castillo de Dumbar, donde mandaba el conde.

Con asombro y en silencio, se supo la noticia de un rapto tan extraordinario, aguardando todos con ansiedad el desenlace de este drama. Ninguno se alzó ni tomó armas en defensa de la reina, porque generalmente se supuso que habia habido de su parte connivencia en el atentado de su favorito. Lamentaron sus amigos y partidarios tan funesta ceguedad, mientras sus enemigos la contemplaban con satisfaccion haciendo cada vez mas progresos por la senda del descrédito. Era en efecto imposible para la reina de Escocia dar contra sí misma mas terribles armas.

A los doce dias de su confinamiento en el castillo de Dumbar, fué puesta la reina de Escocia en libertad sin compulsion de parte alguna, por el mismo Bothwell,

quien la condujo al castillo de Edimburgo. El primer uso que hizo María de su nuevo estado, fué declarar á la nacion que aunque no podia menos de excitar su descontento la violencia ejercida contra ella por el conde de Bothwell, sin embargo, en atencion á sus muchos servicios, era su intencion no solo perdonarle sino ponerle mas alto todavía. En efecto cumplió su palabra, nombrándole de allí á pocos dias duque de las Orcadas, y casándose con él públicamente en mayo de 1567.

Asi se casó Maria Estuarda con el que pasaba por asesino de su primer esposo. Solo una de aquellas pasiones desenfundadas que subyugan completamente la razon ó un sentimiento de desprecio por su propia honra ó una inconcebible ligereza de carácter, pudiera arrastrarla á dar un paso que labró para ella tantas desventuras. Sus partidarios la disculpaban, diciendo que dado ya el escándalo de su rapto por Bothwell, ya no le quedaba otro medio de lavar la mancha que darle el titulo de esposo. Mas por enemigos, y aun por hombres imparciales, se consideró este matrimonio como una prueba irrefragable de su complicidad en el asesinato de su primer marido. Y lo que acababa de dar al asunto todo, el feo colorido que podia hacerle completamente odioso, era que Bothwell tenia mujer legitima cuando estaba dando pasos para casarse con la reina, y que su sentencia de divorcio se pronunció unos pocos dias antes de su nuevo enlace.

Lo que hubo de extraño en todas estas ocurrencias es que no causaron por entonces ni conmociones ni ruidos. Todos las contemplaron en silencio: los amigos de la reina, afligidos sin duda de sus desaciertos; los enemigos gozándose tal vez en verla despeñarse, para darle despues golpes mas seguros. Es posible que en esto hubiese algun plan, meditado de antemano, y que entrase en él la reina de Inglaterra. Lo cierto es que los que mas adelante se alzaron en contra no dijeron una palabra ni dieron paso alguno para impedir el matrimonio. El conde de Morton, que se mostró de los mas acérr-

mos enemigos de María, fué uno de los que firmaron en el que se prometia á Bothwell toda especie de auxilio para llevar adelante el proyecto de su enlace.

El primero que castigó á María Estuarda por su imprudencia criminal fué el mismo Bothwell por sus maneras duras y poco delicadas. Darnley era un jóven imperioso, altivo, de mala educacion; mas Bothwell se hacia poco agradable además por sus vicios, por la disolucion de sus costumbres. Desde un principio aspiró á poner enteramente bajo su tutela al jóven príncipe, y esto llegó á excitar las sospechas de María, que temió por la libertad y la vida de su hijo. Bothwell, que encontró en ella una oposicion á sus designios, la trataba con tal aspereza y con expresiones tan marcadas con el sello de la ingratitud, que algunas veces se oyó decir estaba para darse á sí misma de puñaladas, ó echarse en un pozo de despecho.

Al disgusto, á la indignacion pública que habia excitado el matrimonio de la reina se añadieron los rumores del peligro que en manos de Bothwell el príncipe corria. La indignacion llegó á lo sumo. Varios nobles corrieron á las armas, entre ellos Morton, y juntaron un cuerpo considerable de tropas, con el que tomaron el camino de Edimburgo. Llegó la noticia de la insurreccion á María, hallándose celebrando un banquete con Bothwell en el castillo de Borthwick, cerca de la capital, y poniéndose ambos inmediatamente en marcha llegaron con dificultad al castillo de Dumbar, donde la reina convocó tropas para deshacer á los rebeldes. Muchos acudieron á la bandera real, mas sin el entusiasmo y la buena voluntad que en otras ocasiones; tan impopular se habia hecho María de resultas de su nuevo matrimonio.

Los confederados marcharon hácia Dumbar, y cuando la reina salió á su encuentro en Caberry-Hill le presentó batalla. El embajador francés que se hallaba presente, consiguió que no viniesen á las manos antes de entrar en algunas conferencias. La reina, tan animosa en otros lances de la misma especie, desmayó en esta ocasion al obser-

la repugnancia con que sus tropas se preparaban al combate. Habiéndose hecho ver y prometido que los rebeldes volverian á su deber con tal que se separase de Bothwell, perdió éste el ánimo á su vez, y en aquel momento se despidió de la reina para siempre. En efecto no volvieron mas á verse. Despues de pasar á las Orcadas, y dedicarse en las costas de la Noruega á empresas de ilícito comercio, fue Bothwell cogido y encerrado en la fortaleza de Malmoe, donde murió al cabo de diez años de confinamiento.

Mas la reina de Escocia, que se habia entregado y depuesto las armas bajo condiciones, en lugar de verse obedecida y respetada del ejército, fue en él objeto de clamores, blanco de duras palabras, y hasta de gestos de amenazas. Mas cruel escena la aguardaba en Edimburgo, donde la muchedumbre la abrumó con clamores, con palabras injuriosas, con todos los gritos y amenazas que produce el desenfreno de la plebe. Fue preciso que la fuerza armada la defendiese de insultos ulteriores. Llevaban delante de ella desplegada una bandera donde estaba representado el asesinato de Darnley, y á su lado arrodillado el príncipe pidiendo al cielo por su padre. Mientras tanto los lores de la confederacion enviaron presa á la reina al castillo de Loehleven, y mientras se tomaba una resolucion definitiva, crearon una junta de gobierno.

Los partidarios de la reina alegaban que no eran estas las condiciones con las que se habia entregado María en Carberry-Hill, y que una vez separada de Bothwell, se debian volver las riendas del gobierno. Mas los contrarios replicaban que María habia faltado á su palabra de romper con Bothwell para siempre, puesto que le habia escrito despues prometiéndole tomar parte en su fortuna. Los lores comisionados se hallaban muy comprometidos y demasiado empeñados en el lance para no llevarle á cabo, y coger completo el fruto de su triunfo. Ninguna seguridad tenian por otra parte que esperar si la reina volvía al ejercicio de su libertad, y al contrario mucho que temer de su resentimiento. Consumaron, pues,

la obra, obligando á la reina á renunciar á la corona á favor de su hijo, debiendo de nombrarse un regente para administrar los negocios en su minoría.

Recayó el nombramiento de este cargo importante en la persona del conde de Murray, hermano de la reina. Desde el asesinato de Darnley se habia ausentado del pais, y viajaba por Inglaterra y Francia. Al saber la noticia, regresó con toda brevedad á Escocia, donde tomó las riendas del gobierno y se hizo dueño del castillo de Edimburgo. El parlamento ratificó muy poco despues la subida del príncipe al trono, y en la persona del conde, el cargo de regente.

Fue para María de Escocia una especie de consuelo que recayese la regencia en su hermano, que no se hallaba con los lores confederados en Carberry-Hill, y en cuya gratitud y antiguo afecto tenia puestas algunas esperanzas. Mas el conde de Murray, ambicioso y adicto á su partido, se mostró adverso á los adherentes de la reina. Permanecia ésta mientras tanto cautiva en el castillo de Lochleven, situado en medio del lago Leven, como lo indica la palabra. Esta circunstancia y la de ser dueño del castillo sir Jacobo Douglas, cuya madre era la misma que la de Murray, daba la mayor confianza acerca de la segura custodia de la reina. Mas nada resistia á su hermosura y á sus gracias. Prendado de ellas un hermano del mismo Douglas que mandaba á la sazón la fortaleza, pensaba en proporcionar los medios de su fuga, cuando descubierta la trama fue echado del castillo.

Permaneció este Douglas algunos dias disfrazado del otro lado del lago, pensando en los medios de libertar á María, que probó en efecto á escaparse por su direccion, cuando por una casualidad falló la empresa. Mas otro Douglas pariente de los otros que habitaba en el castillo, quizás movido por los mismos sentimientos, tuvo la mafia de substraer las llaves del castillo, con las cuales se evadió la reina, llegando felizmente á la otra orilla donde la esperaban algunos de sus partidarios. Inmediatamente fue conducida á Hamilton, donde sus parciales

alistaron gente y se confederaron para defenderla. Firmaron el documento nueve condes, otros tantos lores y muchas personas de grande conveniencia.

Colocando estos fieles partidarios á la reina en medio de sus batallones, se movieron hácia Dumbar con objeto de depositarla en aquella fortaleza, y marchar despues en busca del regente; mas éste, que supo moverse con mas rapidez, salió de Glasgow á la cabeza de un ejército inferior con objeto de interceptar la marcha de los confederados hácia el Norte. Al aproximarse los dos ejércitos, se apresuró cada una de sus dos vanguardias á apoderarse del pueblo de Langside, como llave de una favorable posicion tratándose de una batalla. Se encontraron los dos cuerpos y se batieron con sus lanzas y picas con gran furia. Mientras se hallaban así empeñados, se destacó por la derecha Morton y cargó sobre el flanco de los hamiltones, lo que decidió la batalla, quedando desordenadas y en seguida rotas las tropas de María. Huyó la reina por espacio de sesenta millas sin detenerse un punto hasta llegar á la abadía de Dumdremman en Galloway.

Así llegó la reina de Escocia perseguida por sus súbditos hasta la frontera de Inglaterra. No le quedaba ya mas recurso que pasar al otro reino, ó huir como un proscrito al través del suyo propio en busca de un asilo. Se inclinaban sus consejeros á este último extremo como el mas seguro, aunque con tantas apariencias de expuesto y peligroso. Prefirió la reina el primero, sea por cansancio material y desmayo de ánimo, sea con la ilusion de hallar en la reina Isabel al menos simpatía por sus padecimientos. Fué el último acto de libertad que ejerció esta princesa desgraciada. María pasó en efecto la frontera, donde vió tomados de antemano todos los preparativos para recibirla con obsequio. Mas aunque la reina tenia tantos motivos de conocer el carácter de Isabel, estaba muy lejos de presumir á dónde la conducia un camino que tan lleno de flores se le presentaba.